XV

Al Emperador le corresponde el desecho de nombrar al general que había de salir en busca de los recursos que la plaza necesitaba. - Márquez. mirando que sus proyectos de traición habían fracasado, forma otro para consumarla.-Aconseja al Emperador que le nombre para el desempeño de la misión.-Le aconseja la destitución de los ministros conservadores. - Nuevo ministerio. --Inútil previsión del Emperador.-Profundo secreto en cuanto á la partida de Márquez. -Poderes que le son conferidos.-Sale de la plaza de Querétaro. - Antes de su salida es condecorado con la medalla de bronce del mérito militar.-Sensación que causó en el ejército la partida del general Márquez.

Determinado por el consejo de generales que de México serían llevadas las tropas auxiliares, al Emperador tocaba tomar las medidas convenientes para aplicar este medio salvador. Desgraciadamente, Maximiliano nada hacía en su crítica situación sin los consejos de su jefe de Estado Mayor. En el estado en que se encontraban los asuntos de la guerra, no había un momento que perder: el retardo de algunas horas podía ser la causa de la salvación ó de la ruina del ejército y del Imperio. Habiendo la junta de generales desechado la funesta idea de abandonar la plaza, el

Emperador permaneció, como antes, sometido á la exclusiva influencia del general Márquez. Este, que había visto deshecha su trama, aprovechó hábilmente la nueva oportunidad que se le presentaba para llegar de una manera infalible á su objeto, si no inmediatamente, como estuvo á punto de hacerlo, sí con certidumbre. Con este fin, propuso al Emperador que él iría á buscar los recursos que se necesitaban para obligar á las fuerzas republicanas á levantar el sitio; cuando para esto hubiera bastado dar órdenes, por medio de un oficial subalterno, al leal y honrado ministro de la guerra, general Portilla (a).

Márquez levantó ante el Emperador todos los obstáculos que le fué posible imaginar en tan difíciles circunstancias, para asegurar su posición en caso de que, á pesar de su perfidia, las armas imperiales llegasen á triunfar en Querétaro. Aconsejó á S. M. que destituyese á los ministros conservadores que formaban el gabinete (b). Estos

[[]a] Cuando el Emperador resolvióse á que un jefe viniese á México para llevar auxilio, dijo:

[—]Yo no tengo confianza mas que en tres personas: en usted (dirigiéndose á Miramón), ó en usted (dirigiéndose á Márquez), ó en mí. Usted irá, agregó, indicando á Márquez. [Nota de A. P.]

⁽b) Tan decisiva era la influencia del general Márquez cerca del Emperador, que confiesa él mismo esto:

[&]quot;Siempre me dió S. M. pruebas de la mayor distinción, confianza y aprecio, que aumentándose todos los días, hasta el grado de delegar en mí toda su autoridad, nombrándome una vez su Lugar Teniente, con facultades omnimodas, y dos ocasiones, por medio de decretos Soberanos,

hombres, llenos de lealtad y de abnegación habian hecho en bien de la patria y del Soberano, el inmenso sacrificio de ponerse al frente de los negocios, cuando la situación del Imperio estaba ya irremediablemente comprometida, y esto lo hicieron después de haber sido despreciados y humillados durante dos largos años (a). En presencia de tal estado de cosas tan peligrosas, y del mal, no era posible salir sino por leales y heróicos esfuerzos; los hombres más eminentes del partido conservador habían jugado su cabeza con mil probabilidades de perderla, después de la política que se había seguido durante el Imperio, política que había llevado la cosa pública al estado en que la encontró el ministerio que entonces funcionaba; el destituir á éste, era tanto como

Regente del Imperio y General en Jefe de todo el ejército del país, excitaron la envidia de almas pequeñas que todavía hoy dominadas por la ira y por el despecho me hacen una guerra encarnizada, calumniándome y desprestigiándome, que es el único recurso que les queda." Refutación hecha por el general de división Leonardo Márquez al libelo del general de brigada don Manuel Ramírez de Arellano, publicado en París el 30 de diciembre de 1868, bajo el epigrafe de Ultimas Horas del Imperio, páginas 14 y 15. [Nota de A. P.]

(a) Además del abate Domenech, muy allegado al Imperio, el Lic. Ignacio Alvarez, á quien el capellán de Maximiliano, el P. Aguirre, llamaba Cronista de S. M., dice que al partido conservador nadie lo irritaba más que el mismo Maximiliano, no sólo de palabra en muchos de sus actos, sino principalmente de hecho.

Maximiliano llegó á estar tan decepcionado del partido

arrancar al país su última esperanza de salvación. Bastaba tan sólo esta medida para que el trono se hundiese, impelido de una parte por el torbellino espantoso de la revolución, y de la otra, porque se le privaba de su único apoyo.

Fué puesto á la cabeza del nuevo ministerio D. Santiago Vidaurri, hombre leal que algún tiempo después había de ser otra de las víctimas sacrificadas á la traición y á la venganza (1). Sólo dos miembros del ministerio anterior conservaron sus carteras: el ministro de la guerra, general Portilla, y García Aguirre, que permaneció en Querétaro. Por un exceso de precaución fueron agregados á la misión que se le encomendó á Márquez, D. Santiago Vidaurri, que partió con él, y

conservador, que cierta vez, recordando el recibimiento rumboso que le hizo al llegar à México, prorrumpió con dejo de amargura honda, ante los Lics. Sepúlveda y Escobar:—¡Todo fué farsa! [Nota de A. P.]

[1] Don Santiago Vidaurri fué hallado en la casa número 6 de la calle del Corazón de Jesús ó San Camilo, habitación del señor Don Santiago Wright.

En los útimos días del sitio de México, circulando temores públicos muy fundados de que hubiese un saqueo, tanto por la excitación que en los ánimos predominaba, como por los motines que el pueblo hambriento intentaba á cada paso, el señor E. Barrons, teniendo intereses que resguardar, invitó al señor Wright y á otros amigos para que le acompañasen á velar todas las noches.

Antes de las dos de la mañana del día 21 de junio, encontrándose el señor Wright en casa del señor Barrons, como las noches anteriores, presentóse á buscarle un norteamericano llamado Warens Taylor, suplicándole de parte de otro norteamericano, de nombre Jorge Bans, ambos el general Portilla, cuyo nombramiento como ministro de la guerra fué especialmente confirmado. La lealtad con que estos dos personajes se manejaron, revela el tacto con que fueron elegidos; la facilidad con que Márquez los nulificó, prueba, por otra parte, la insuficiencia del medio empleado y que á juicio del Emperador había de servir para la salvación común.

conocidos del señor Wright, más por relaciones de negocios que de amistad, que fuese á ver á éste último un momento, para un asunto muy urgente. Dirigióse el señor Wright con Taylor al callejón de Santa Clara, donde vivía don Jorge Bans, y alli ambos le dijeron "que teníam un amigo, á quien estimaban mucho; que era empleado de las oficinas de Palacio; que su familia estaba ausente y que temiendo por su seguridad personal, había ido á refugiarse con ellos para que lo escondieran, cosa que no podían hacer porque Taylor vivía en un hotel, y Bans no podía alojarlo en la casa que habitaba, porque siendo propiedad de Almonte, podría ser que la atacasen los liberales, al ocupar la ciudad. Que por tal motivo suplicaban al señor Wright que le ocultara en su casa, dos ó tres días, mientras arreglaban la manera de sacarle de la capital."

El señor Wright, que abrigaba sentimientos generosos y se encontraba siempre dispuesto á favorecer á cualquiera que lo necesitase, avinose de buena voluntad á prestar aquel servicio. Entonces don Jorge Bans llamó al individuo de quien se trataba, y que no era otro que don Santiago Vidaurri, y se lo presentó con el nombre de don Pedro Valdés. Este engaño efectuóse fácilmente, pues siendo el señor Wright agricultor, constantemente se hallaba fuera de México; sobre todo en aquella época había permanecido desde 1860, tres años en la hacienda del Cebadal, uno en Tulancingo y tres en los Llanos de Apam, de donde había llegado poco antes de comenzar el sitio, por lo

Para mejor aprovechar el terrible jefe de Estado Mayor la nueva vía que le abrían las circunstancias en la realización de su venganza, hizo creer al Emperador que era de absoluta necesidad que aún los mismos generales del ejército imperial ignoresen su marcha á México; de

cual ni él, ni su familia (a) conocían personalmente á ninguno de los hombres públicos del imperio.

* *

Inmediatamente, como no había tiempo que perder, porque la plaza estaba entregada desde la vispera (20 de junio) y se esperaba la entrada de las fuerzas liberales de un momento á otro, entrada que comenzó á efectuarse luego que amaneció el día 21, el señor Wright, acompañado de Taylor, condujo al supuesto don Pedro Valdés á su casa, donde llegaron á las tres de la mañana.

Apenado el señor Wright porque no se creyera en casa del señor Barrons, que se había retirado en los momentos en que efectivamente podía haber peligro, introdujo á su huésped en la sala, avisó violentamente á su esposa y sus hijos, que si tardaba en volver, atendieran al señor, á quien había alojado, y salió con Taylor, separándose en el zaguán.

La señora de Wright dirigióse à la sala para ofrecer una cama à su huésped; pero al llegar, vió por una ranura de la puerta que éste se había acostado en un sofa y que en aquel momento apagaba la luz.

El señor Wright regresó á las siete y media de la mañana, después de haber presenciado la entrada de las primeras tropas liberales; fué á saludar al huésped, le presentó á su familia y le invitó á pasar al comedor para desayu-

⁽a) Las siguientes personas constituían la familia del señor Wrigth: señora Eulalia González, su esposa, y señoritas Laureana, Carolina, Virginia y Enriqueta, sus hijas,

esta manera, y so pretexto de una vigorosa reserva, evitaba el que se hiciesen al Emperador observaciones que pudiesen entorpecer el logro de sus planes. Ninguna combinación fijó Márquez antes de su partida respecto á su vuelta y al modo de obrar sobre los sitiadores, ni indicó tam-

nar; pero él rebusó, suplicando que se le sirviera allí el desayuno, y encargando encarecidamente que no supiesen los criados su presencia en la casa. Hízose así, y desde aquel día quedó establecido mandar á los criados á la calle mientras las señoras le servían la comida y arreglaban la pieza que ocupaba, y que él mismo eligió á su gusto, siendo ésta la última recámara, que sólo tenía una puerta de comunicación y un balcón para la calle. Aquella pieza quedó completamente incomunicada, se guardó la más absoluta reserva; y, no obstante, el alojado, que se mostraba en extremo atento y agradecido, encargaba á cada momento nuevas precauciones, que á veces llegaron á parecer exageradas á la familia, tratándose de un empleado insignificante en política, c mo aparentaba serlo aquél.

Todos los días le visitaba Taylor, y dos veces fué acompañado de Bans. El señor Wright le veía muy rara vez; pues ocupado en la importación de unas segadoras norteamericanas y habiendo sufrido gran trastorno sus negocios durante el sitio, estaba fuera de la casa la mayor parte del tiempo.

Pasaron así ocho dias, cuando una mañana, después de mandar á los criados á la calle, como se hacía todos los dias, y de avisar al huésped para que pasase á las otras piezas, mientras se aseaba y ventilaba la suya, las señoras, al entrar en ésta, vieron en la escupidera cenizas de papeles quemados y cerca de ella, debajo de la sobrecama, un pequeño papel, que, según parecía, se había caído de la escupidera, librándose del fuego, y que decía: "Luz A. de Márquez, suplica al señor General Vidaurri tenga la bon-

poco los medios que deberían adoptarse para que simultáneamente obrasen la guarnición de la plaza y las tropas auxiliares.

Como era natural, exigió del Emperador poderes omnímodos para obrar en México, con el fin aparente de poder triunfar con más facilidad de

dad de pasar á esta su casa á la tarde á las cuatro.—Junio 5 de 1867."

* *

La señora de Wright y sus hijos alarmáronse al leer este recado, pero nada dijeron al huésped. Luego que llegó el señor Wright, su esposa le avisó de lo ocurrido, rogándole encarecidamente que no se expusiera á una desgracia; que fuera á ver á Bans y Taylor para preguntarles qué significaba aquéllo, y ver qué disponían. El señor Wright encontró juntos á Taylor y Bans en la casa de este último, en el callejón de Santa Clara, y diciéndoles que su familia estaba temerosa de que aquel señor fuese Vidaurri, por el recado que habían encontrado, ambos contestaron que si era él. Y disculpáronse de haberle ocultado su nombre, diciéndole: "que temieron que si sabía quién era, no querría admitirle en su casa; que, además, como él sabía, habian pensado tenerle alli sólo dos ó tres días y llevárselo á Nuevo León, cosa que se les había frustrado, porque no contaban con que los liberales no dejaran la línea de fortificaciones y ejercieran la estricta vigilancia que ejercían, para que nadie saliera de la ciudad, sin ser reconocido. Que ya que la casualidad le había descubierto el incógnito, se alegraban de ello, para que así guardara mayor precaución."

El señor Wright les contestó que habían hecho muy mal en engañarle, pues lo mismo lo había ocultado con un nombre que con otro, y que ningún motivo lo obligatodos los obstáculos que se opusiesen á la realización de su encargo excepcional y urgente. Maximiliano le dió con este fin el nombramiento de lugarteniente del Imperio. Abusando hasta el último extremo de la buena fe del Príncipe y de la confianza ilimitada que en él había depositado,

ria nunca á faltar al deber de humanidad de salvar la vida de un hombre, fuera quien fuese. Iguales palabras dijo á Vidaurri, al regresar á su casa y contarle lo ocurrido, añadiendo: "Mis opiniones son liberales, pues siendo americano de los Estados Unidos del Norte, mamé la leche de la libertad; pero en estos casos las opiniones no afectan en nada á los individuos; tengo un positivo gusto en prestar á usted mis servicios en cuanto me sea posible: en mi casa es usted para mí tan sagrado como mi padre, y mi familia y yo estamos completamente á sus ordenes."

Vidaurri le contestó con fervientes frases de agradecimiento; excusóse también por haber ocultado su nombre y le dijo: "que la Providencia lo había llevado en medio de su desgracia al seno de una familia tan fina y tan bondadosa como la de él."

A partir de aquel momento, mostróse más franco y expansivo con la familia, y tanto en las pocas conversaciones que con el señor Wright solía tener, como en las muy frecuentes que con su esposa é hijas tenía, trataba de disculparse, á los ojos de ellos, de sus cambios de política, alegando inconsecuencias de Juárez. Una vez añadió:—Sin embargo, si D. Benito me cogiera, me destrozaría con sus propias uñas, antes de perdonarme.

Cuando hablaba de Maximiliano, manifestaba por él un afecto decidido y las lágrimas asomaban á sus ojos, y exclamaba:

—¡Un hombre tan hermoso y tan bueno! ¡qué favor se le pidió nunca que no concediera!

A propósito del drama de Querétaro, decía:

Márquez arregló las cosas de manera que el decreto, que lo investía de tales funciones, debía de expresar que él tenía que normar su conducta á las órdenes verbales que habia recibido. De esta manera preparaba su nueva trama, á fin de cubrir su traición con un velo misterioso, particu-

—Maximiliano fué mártir de la incertidumbre: todos los que lo rodeaban, con justicia ó sin ella, lo hacían desconfiar de unos y otros; pero, sobre todo, Márquez, lo hacían desconfiar de todos nosotros. A mí me había comisionado Maximiliano para venir de Querétaro como lugarteniente del Imperio, á llevar á los austriacos y otros refuerzos de la capital; pero, acabando de conferenciar conmigo, le había Márquez. No sé lo que le diría; pero Maximiliano, muy mortificado, me dijo que había tenido que nombrar lugarteniente á Márquez, y que yo le acompañaría como auxiliar. Yo acaté su orden y partimos. Después de haber caminado cuatro leguas, Márquez, que venía taciturno y sombrio, se apeó del caballo; yo lo imité, y andando el uno al lado del otro, dijo de repente, como contestando á su pensamiento:

—"Creerá Maximiliano que me he olvidado de que me mandó á Constantinopla."—Yo lo miré asombrado; nada dije; pero desde ese momento ví muerto al Emperador. En efecto, llegamos aquí; reunimos los auxilios que teníamos orden de llevar á Querétaro; pero Márquez se apoderó de ellos y por más que le insté y por más que tuve con él serias discusiones, se fué á atacar á Puebla, porque su plan era dar tiempo á que fusilaran á Maximiliano en Querétaro. Cuando después de su derrota en aquella expedición y sitiado aquí, hizo repicar las campanas anunciando que había recibido noticias de que el Emperador había roto el sitio de Querétaro y venía en auxilio de México, al comunicarnos á O'Horán, á Iribarrén y á mí la noticia, yo le dije que eso podía contárselos á los otros,

larmente para cuando el Emperador dejase de existir.

Investido de este poder inmenso, sin formar combinación alguna para su vuelta, llevando consigo una escolta de 1,300 hombres, que cercenaba del ejército imperial, que apenas era de 8,000

pero no á mí, que había dejado á Maximiliano y á sus fuerzas comiendo caballo. Trató de sostener su dicho todavía; mas, poco después, nos citó á junta y nos confesó que Maximiliano, Miramón y Mejía habían sido fusilados; que la situación de aquí era desesperada; consultó nuestras opiniones sobre lo que creyésemos conveniente hacer, y oídas, nos ofreció disponer lo necesario para intentar un ataque, buscando la salida, y concluyó diciéndonos:-"O juntos nos salvamos ó juntos perecemos." A las dos horas de esta promesa se había escondido, y ninguno de nosotros volvió á saber de él. Los demás imitaron su ejemplo y yo tomé mi partido. Esperé á que llegara la noche; llamé á mi hijo Indalecio y á Quiroga, á quien quiero como à hijo, nos reunimos los tres en un salón de Palacio y les dije: - A mí no me cogen aquí como á ratón en ratonera; lo que creo que debemos hacer es reunir la caballería de Quiroga, ponernos á su frente, y ó nos matan ó salimos.-Los dos siguieron mi parecer, y habiendo convenido en que la caballería se alistara en el patio de atrás de Palacio, quedé esperando que me avisaran, cuando estuviera lista. Eran las doce de la noche. Ocurrióseme entre tanto dividir en tres partes, para darles á mi hijo y Quiroga, unas onzas de oro que llevaba en la cintura, y con tal objeto me quité las pistolas y el cinturón, puse todo sobre la mesa, junto á mi sombrero, é iba á sacar el dinero, en el momento que llegó Taylor muy apurado, diciéndome que me había buscado por todas partes y que si estaba yo loco para permanecer alli, cuando el enemigo estaba á las puertas. Le dije lo que esperaba, y él me contestó que hasoldados, y acompañado de Vidaurri y de Quiroga, uno de nuestros más valientes jefes, salió Márquez de Querétaro el 22 de marzo, á la media noche, dejando á sus víctimas decididas á perecer y en espera de los recursos que debía de llevarles.

bía entrado por el patio de atrás de Palacio y que no había nadie. Yo le repliqué; y para convencerme, me hizo bajar, y efectivamente, estaba solo. No sé por qué, mi hijo y Quiroga hicieron esa felonía conmigo; pues si no aprobaban la salida, debían habérmelo dicho; y si se fueron, dejándome, no puedo creer en tanta ingratitud.

La familia le convenció sobre este último punto, mostrándole un periódico, en que estaba mencionado, entre las tropas prisioneras, la caballería de Quiroga.

—El pobre de Taylor, afligido por mi situación —continuó Vidaurri—me dijo:—Esto es una barbaridad; véngase usted conmigo, ó dentro de unos momentos está usted perdido.—Le dije que iba á traer mis cosas que había dejado en la mesa; y entonces subió corriendo; pero sólo halló mis pistolas. Sin duda algún criado de Palacio se tomó el cinturón con el dinero y mi sombrero. De allí me llevó Taylor á casa de Bans, y él me prestó el sombrero con que vine acá y que no me sirve, porque está muy grande.

Estas conversaciones con la familia eran frecuentes, pues el señor Wright, teniendo que estar ausente constantemente, encargaba á la familia que fuera á platicar con Vidaurri, pues, aunque se le habían puesto en su pieza varios libros, decía que debia fastidiarse mucho; de manera que en sus expansiones hablaba con ternura de su familia, hacía contínuos recuerdos de una hija Pudenciana, casada en Londres, de una nieta Sara, y siempre agregaba:

En recompensa de haber hecho salir al Emperador de México, de no haber permitido que el ejército imperial hubiese tomado la iniciativa y dejado que el enemigo se concentrase; en premio de no haber fortificado la plaza de Querétaro, ni almacenado en ella, víveres y forrajes, por

—Si Dios me salva, me voy con mi hija y jamás vuelvo á mezclarme en la política.

Al dia siguiente de haberse descubierto quien era, fué Taylor acompañado de Bans, diciéndole este último "que iba à despedirse de él, pues tenía que emprender un viaje de pocos días, y que á su vuelta verían qué arreglaban." Las señoras de la casa, que se encontraban en la pieza de Vidaurri, cuando ellos llegaron, iban á retirarse, pero él no lo permitió. Por esto tuvieron ocasión de oír que preguntó Taylor con suma inquietud si no había logrado descubrir el paradero de Indalecio y Quiroga, y que éste le contestó que no. Taylor siguió visitando la casa diariamente, y la señora Wright, que vivía en constante sobresalto, no solo por Vidaurri, sino por su esposo, con motivo de haberse publicado un decreto en el que se decía que "los que ocultasen en sus casas à los servidores del Imperio, serían castigados con pena que no bajase de seis meses de prisión ó no pasase de dos años de presidio, quedando eximidos los que escondieren al padre, al hijo, al hermano ó al cónyuge."

**

La señora Wright, decimos, á quien Vidaurri había contado que Taylor era su amigo íntimo desde hacia 14 años; que le tenía mucho cariño y gratitud, porque habiendo desertado en campaña, le había salvado la vida, al ir á fusilársele; que casi siempre había vivido á su lado, y que durante el sitio no se separaba de él, comenzó á temer seriamente por aquellas visitas, é hizo que su esposo le hiciera

la honra de haber entregado en poder de los republicanos los recursos que existían á inmediaciones de aquella ciudad, haber procurado que el Emperador y el general Miramón se desaviniesen, haber aconsejado la retirada que aseguraba la derrota, y, en fin, por haber intentado en-

ver que escribiera á su amigo con sobre al señor Wright, en vez de ir personalmente, porque era muy fácil que, siguiéndole, se descubriera á Vidaurri. Taylor contestó "que eso no era posible; que nadie podía fijarse en él y que cambiaría sombrero." Vidaurri opinó lo mismo y dijo, "que el único temor que había abrigado, era el de un cateo general en los primeros días, pero que no habiendo sucedido, ya no había peligro." Al día siguiente fué Taylor, como de costumbre, y cuando se fué y entró la señora Wright, Vidaurri le dijo:

—Tengo una aflicción muy grande: ya descubrió Taylor, porque lo mandaron llamar, dónde están Indalecio y Quiroga. Están en casa de unas mujeres de la peor clase; no tienen dinero, y ellas les amenazan con entregarlos, si no les dan dos mil pesos, que me mandan pedir, y que yo no puedo mandarles, porque, como usted sabe, me robaron lo que tenía [a].

La señora le dijo, "que sentía que su esposo tampoco pudiese disponer de aquella cantidad, pues como ya lo había platicado, tenía que recibir algunas cantidades de los Llanos y del interior, por segadoras, pero hasta que se vencieran los plazos."

Vidaurri añadió:-"Bans tiene dinero mío, pero quién

[[]a] Debemos advertir que todo cuanto decía Taylor, era una trama de mentiras urdidas para lograr su propósito de robar á Vidaurri, á su hijo Indalecio y Ouiroga.

Cuando nos ocupemos en la salvación de estos dos, la cual es todo peripecias, aparecerá más repugnante la figura de Taylor.

tregar la plaza al ejército sitiador, al comenzar el ataque del día 14, Márquez recibía, antes de partir para México, donde iba á consumar su traición, la medalla de bronce del mérito militar, condecoración que el Emperador se enorgullecía de po-

sabe si llegará pronto. Tengo dinero en otras partes, pero mandarlo pedir, tal vez sería entregarme, y, ¡mientras mi pobre hijo y Quiroga no sé qué harán!"

*

La señora, compadecida y apenada, le dijo, "que lo único que podía ofrecerle era la casa; que le dijera á Taylor que si podían salirse, se fueran á reunir con él."

Vidaurri, en extremo conmovido, dió las gracias á la señora y repitió su frase de siempre:—"Si Dios quiere que me salve, verán ustedes que no soy ingrato."

Cuando Vidaurri dijo lo anterior á Taylor, éste le contestó, "que era imposible que Quiroga é Indalecio se evadieran de la casa, porque los vigilaban, y que lo peor era que ya no querían dos mil, sino cinco mil pesos; que como ni él mismo sabía dónde se hallaría Bans, porque había ido á recorrer varias poblaciones del Estado de Veracruz, no había más remedio sino que le dieran una orden para otra persona, si no quería que se perdieran sus hijos."

Vidaurri se negó á ello, diciendo, "que dar aquella orden, era perderse, porque no le inspiraba confianza la persona á quien tendria que dirigirla."

Taylor le contradijo y pareció disgustarse.

Cuando la señora Wright contó á su esposo lo que pasaba, éste entró á ver á Vídaurri y le dijo, "que estaba pareciéndole extraña la conducta de Taylor, por la insistencia con que pedía la orden." Y aún agregó:—"¿No cree usted, señor, que puede hacernos una traición?"

Al oir aquello, Vidaurri contestó casi indignado:

ner en su pecho, y la que no concedía sino por acciones brillantes y excepcionales.

La noticia de la salida de Márquez para México produjo el efecto del rayo en el ejército y particularmente en el general Miramón. La opinión pública prevee frecuentemente lo que pue-

—"No, señor, eso no: me debe la vida; es mi amigo desde hace catorce años; daría su vida por mí. Lo único que yo sospecho es que tiene algún compromiso, porque es muy calavera, y que quiere ese dinero para él. Si fuera mi hijo el que lo necesitara, me escribiría."

A pesar del mal efecto que le había causado, que se dudase de su amigo íntimo, el señor Wright le hizo ver todavía:—"En fin, si usted tiene algún recelo, si no se cree usted seguro aquí, díganos qué debemos hacer; podemos llevar á usted disfrazado á donde indique, con una barba postiza y ropa, que lo haga parecer grueso."

* *

Vidaurri le contestó decididamente que no; que se creía muy seguro en su casa, y que no tuviera temor ninguno por parte de Taylor. Sin embargo, el señor Wright fué á ver á su peluquero y compró una barba postiza, manifestándole que iban á hacer sus hijas una comedia, y cuando volvió por la noche se la llevó á Vidaurri y le explicó que la había comprado por si algo se ofrecía. Vidaurri le dió las gracias sonriendo, y la guardó en el tocador. Esta barba fué hallada por la policia, al prenderle.

Lo que acabamos de narrar pasaba el día 5 de julio. El día 6 por la tarde, después de la visita de Taylor, al llevarle la señora el chocolate, le vió muy triste, y le dijo:

—Qué le parece, qué imprudente Taylor: sigue exigiéndome los cinco mil pesos.

La señora volvió á manifestar temores, y él volvió á re-

de suceder en el porvenir. A pesar de las fingi das esperanzas que todos estaban obligados á manifestar en alta voz, un presentimiento secreto á todos les decía que Márquez no había de volver. El tiempo ha demostrado cuán fundados fueron estos temores (1).

ferir, "que Taylor lo quería mucho, que era su amigo de catorce años y le debía la vida."

El día 7 fué Taylor, á las once de la mañana; las señoras le condujeron á la pieza de Vidaurri, y habiendo llegado inmediatamente después de él una familia que iba á visitarlas, pasaron á la sala. Al sonar las doce, como era la hora en que su huésped acostumbraba comer, una de ellas fué á la cocina, mandó á las criadas á la calle, y, al dirigirse á su pieza, para servirle la comida, se detuvo, por que recordó que allí estaba Taylor. Oyó que ambos disputaban y que Vidaurri, que, siempre precavido, hablaba quedo, en aquellos momentos levantaba irritado la voz. No pudo percibir nada de lo que se decía, porque casi al mismo tiempo abrióse la puerta y salió Taylor, prorrumpiendo antes de cerrar:

—No extrañe usted que no venga en algunos días, porque estoy muy malo.

Estaba agitado, y su preocupación era tal, que pasó junto á la señorita, quien, temerosa de que creyeran que estaba escuchando, se había sentado en una cama, y no la vió.

XVI

Marcha del general Márquez para México.-El Emperador le autoriza para conservar ó abandonar la capital.—Decreta á su llegada un préstamo forzoso, fracciona las tropas, y en lugar de socorrer á Querétaro, se dirige a Puebla, sabiendo muy bien que Querétaro no podía sostenerse. - Elige el camino más largo al dirigirse á Puebla con el fin de que Querétaro sucumba durante su marcha. -Se detiene en San Lorenzo, y espera que los republicanos, vencedores en Puebla, marchen sobre él, y se hace derrotar. - Márquez es el primero que huye del campo de batalla y contribuye con esto á la dispersión de sus tropas.—El ministro de la guerra manifiesta el deseo de someterlo á un consejo de guerra. -Vidaurri y Quiroga no consiguen de Márquez que envíe recursos á Querétaro. -Vidaurri envía al Emperador 150,000 pesos, pero Marquez se guarda la libranza.-La derrota de San Lorenzo asegura á Márquez el triunfo de su venganza.

Protegido por las sombras de la noche y por su escolta de caballería salió el traidor de Querétaro, y merced á las marchas forzadas que eje-

⁽¹⁾ Cuando el Emperador se convenció de la traición de Márquez y en la cual no creíamos entonces, se nos refirió que en la mañana del 23 de marzo y cuando la partida de aquel general fué conocida, López, el favorito, dirigió á S. M. las siguientes palabras: "Señor, el general Márquez va á traicionar á Vuestra Majestad." La verdad de aquel proverbio español: Juzgamos á los demás por nosotros mismos, estaba plenamente justificada. —N. del A.

Al salir, se encontró con las demás señoras, que volvían de acompañar á las visitas que acababan de irse, y colérico todavía, en vez de despedirse dándoles la mano, como acostumbraba hacerlo, sólo dijo:

⁻Buenas tardes.